

ANALES DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS

Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas
Universidad Nacional Autónoma de México
analeste@servidor.unam.mx
ISSN (Versión impresa): 0185-1276
MÉXICO

1998

Chantal Cramaussel / Salvador Álvarez

RESEÑA DE "HACIENDAS DE DURANGO" DE MIGUEL VALLEBUENO
GARCINAVA

Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, primavera, año/vol. XX, número 072

Universidad Nacional Autónoma de México

Distrito Federal, México

pp. 160-165

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal



Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>

capotzalco (núm. 103) comprende, además de las pinturas del retablo propiamente dicho, una serie de lienzos colocados por encima, en las paredes. Muy interesante y admirablemente resuelta es *La promesa de la eucaristía*, de La Profesa (núm. 104.1), de un probable retablo de San Pedro. De esta época son también las fabulosas alegorías del Museo Regional de Guadalupe, Zacatecas, de 1706 (núm. 107). Los cuadros presentan importantes novedades iconográficas y configuran densos conceptos teológicos, desde la mística ciudad de Dios, basada en los escritos de María de Jesús de Agreda, hasta una curiosa versión de la sagrada familia ampliada, que puede colocarse en la tradición de la *sacra conversazione* y del árbol de Jesé, pasando por una rara anunciación bajo una cúpula de los nueve coros angélicos, y por el árbol de la vida, de simbología eucarística e inmaculista.

La última gran serie de Villalpando está constituida por los 22 medios puntos con escenas de la vida de San Ignacio, de Tepotzotlán, de 1710 (núm. 112), basados en los grabados de Rubens-Barbé. El pintor introdujo modificaciones significativas en las composiciones de las estampas, según las necesidades de la narración de su ciclo, agregando detalles e incluso inventando algunas escenas. El capítulo termina con una nómina de pintores que fueron o pudieron haber sido seguidores de Villalpando

Redactado a ocho manos, pero con gran unidad metodológica y hasta estilística, el libro es de manejo muy fácil, pese a que, como suele acontecer con este tipo de obras, es necesario pasar con frecuencia de los textos de la primera parte a las noticias del catálogo razonado o a las ilustraciones del catálogo general.



Haciendas de Durango de Miguel Vallebuena Garcinava

Monterrey-Tonalco, Gobierno del Estado de Durango-
Universidad Juárez del Estado de Durango-Secretaría
de Turismo-Graphic Factory, 1997, 183 p., ils., mapas.

por

CHANTAL CRAMAUSSEL Y SALVADOR ÁLVAREZ

Haciendas de Durango, de Miguel Vallebuena, es ciertamente un hermoso libro muy agradable a la vista, atractivo para cualquiera, especialista o no, que se asome a sus páginas, pero tiene además otra cualidad: se basa en un sólido trabajo de investigación, lo cual lo convierte en un valioso instrumento de consulta y de análisis.

Podría parecer anacrónico iniciar la reseña de un libro reciente sobre las haciendas norteñas refiriéndose al pionero de los estudios sobre este tema, François Chevalier, y a su libro *La formación de los grandes latifundios en México. Tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII* (México, Fondo de Cultura Económica, 1975). Sin embargo, en el caso particular de la gran propiedad norteña el libro sigue siendo válido y de hecho partiremos de este punto para mostrar más de cerca en qué consiste la originalidad del trabajo de Miguel Vallebuena. No es un secreto para nadie, en el medio de los historiadores mexicanos, que en los últimos años se ha desarrollado una acerba y de hecho muy injusta "crítica" a lo que se ha dado en llamar las "tesis" de Chevalier, en particular en lo referente a lo que se dice fueron sus propuestas acerca del funcionamiento de la hacienda

ligada al latifundio. Hay quien ha llegado al extremo de afirmar que el latifundio norteño colonial fue sólo un invento, producto de la mente febril de Chevalier y que, en realidad, esa gran propiedad nunca existió, salvo en regiones marginales donde la falta de agua y de recursos explotables facilitaba la acumulación de grandes territorios en pocas manos (véase por ejemplo José Cuello, "El mito de la hacienda colonial en el norte de México", en *Empresarios indios y estado. Perfil de la economía mexicana*, compilación de Arij Ouwenel y Cristina Torales Pacheco, Amsterdam, CEDLA, 1988, pp. 186-205). Sin embargo, esta crítica —en especial para el caso del norte— se basa en un absoluto desconocimiento del fenómeno. Sucedió, simplemente, que durante décadas nadie volvió a abrir, de manera seria, este expediente. Muchas de las fuentes empleadas por Chevalier, de excelente calidad aunque sumamente difíciles de consultar por encontrarse en archivos particulares, nunca fueron tocadas nuevamente y algunas de ellas se perdieron, quizá sin remedio.

Esto significa que cualquiera que intentara reemprender el estudio de las haciendas norteñas debía primero proveerse de una sólida e innovadora base documental. Esto es justamente lo que durante años, y con enorme paciencia, ha estado haciendo Miguel Vallebuena para el caso de las haciendas duranguenses. Pilas enormes de fotocopias, millares de fichas, interminables cuadernos de notas, conforman la base documental que apoya este trabajo. A partir de ello, en sus páginas introductorias, Vallebuena ofrece un panorama del desarrollo de las grandes haciendas duranguenses desde el siglo XVI hasta la reforma agraria, para luego abocarse al estudio de 38 haciendas cuya característica en común es que conservan

hoy en día una parte de sus antiguas estructuras arquitectónicas y con ello, valga decirlo también, parte de su belleza de antaño. Para los historiadores y, en particular, para aquéllos que dentro de este gremio se especializan en cuestiones de arte, no es un ejercicio superfluo, ni mucho menos, adentrarse en el estudio de un grupo social como el gran hacendado, en este caso particular del norteño. Al igual que los magnates de otras latitudes, los grandes hacendados eran ellos, junto con el clero regular y secular, los principales promotores de la llegada de todo tipo de artistas y obra plástica hasta regiones a veces completamente aisladas e ignotas: no era raro incluso que se hicieran de los servicios de los artistas y técnicos más renombrados del momento. Desde su posición, imponían sus gustos e influían de una manera o de otra en las modas y expresiones artísticas, al menos a nivel local. Al comparar el desarrollo de la arquitectura en el centro de México y en una zona tan alejada de la capital como Durango, el historiador puede dar cuenta tanto del nivel de integración de aquellos territorios a la vida cultural del virreinato, y después de la nación, como de sus diferencias.

Como punto de partida de su análisis, Vallebuena agrupó sus haciendas en ocho regiones, consignadas en un mapa al final del texto. No hay que dejarse sorprender demasiado por la distribución espacial de estas haciendas. Si bien casi todas las que fueron incluidas en esta selección se hallan situadas en las llanuras semidesérticas del altiplano central (sólo algunas de ellas se hallan en el sotomontano oriental de la sierra Madre), ello no significa que se trate de propiedades económicamente precarias. Todas ellas tenían acceso al agua, ya fuera de un río, de una laguna o de un ojo de agua y

sus campos agrícolas irrigados eran, en muchos casos, sumamente fértiles. Este factor es tan importante para explicar el surgimiento y la existencia de las grandes propiedades septentrionales que lamentamos que ni los ríos ni los ojos de agua estén reportados en el mapa final; sin embargo, quedan consignadas en el texto las referencias para un ulterior estudio de este tema fundamental.

Después de esta introducción general, Vallebuena analiza la historia de cada una de las haciendas elegidas desde su fundación, haciendo en particular un seguimiento de los cambios de propietarios que las afectaron y tratando de ubicar, a partir de ello, la aparición de estructuras arquitectónicas y la progresiva incorporación de elementos artísticos en ellas. La presencia de las bellas fotografías que —en el sentido más amplio del término— ilustran este trabajo se justifica de este modo plenamente. Más que simples añadidos, estas imágenes se convierten en elementos para la investigación; en otras palabras, son una vía de acceso irremplazable a elementos de la vida cotidiana de estas haciendas en el pasado, que de otra manera permanecerían para siempre olvidados. Para ubicar estas imágenes en su contexto, Vallebuena se apoya, como decíamos, en numerosas fuentes primarias, algunas de las cuales provienen de archivos privados y las más de acervos públicos (Archivo de Instrumentos Públicos de Jalisco, Biblioteca Pública de Jalisco, Archivo Histórico del Estado de Durango, Archivo de Notarías del Estado de Durango y Archivo de la Catedral de Durango).

Gracias a lo anterior, la obra de Vallebuena es un instrumento de trabajo sumamente valioso, que bien podría catalogarse como un modelo del género. En nuestra

opinión, es muy superior al libro de Ricardo Rendón, *Haciendas de México* (México, Banamex, 1994), cuyo escueto texto se pierde en generalidades que muy poco ilustran al lector, especialista o no, acerca de la vida y las peculiaridades de las haciendas que allí aparecen. Es igualmente más completo que *Haciendas de Chihuahua* (Chihuahua, Gobierno del Estado de Chihuahua, 1993), cuyo texto fue tomado de notas inconclusas del desaparecido historiador Guillermo Porrás Muñoz; los editores de este libro ni siquiera tuvieron el cuidado de añadir notas o alguna pequeña introducción.

Un elemento importante del estudio de Vallebuena es que hace notar que las estructuras coloniales que sobreviven en Durango datan sólo de finales del siglo XVIII. Incluso podría pensarse que fue justamente entonces la época de oro de las haciendas norteñas (véase Salvador Álvarez, "Tendencias regionales de la propiedad territorial en el norte de la Nueva España", en *Actas del II Congreso de Historia Regional Comparada*, Ciudad Juárez, [editor], 1990, pp. 141-183). En ese periodo aparecieron los magníficos caserones, capillas, almacenes y casas de cuadrillas que hoy se conservan del periodo colonial, y muchas también de las que se remodelaron durante el siglo XIX. El autor también examina cómo eran las antiguas capillas de las haciendas que mejor se conservaron, ya que fueron respetadas por los revolucionarios y se restauraron gracias al interés de los vecinos. En cambio, la llamada casa grande y el resto de los edificios, generalmente construidos de adobe, sufrieron mucho más los embates del tiempo y las turbulencias sociales. En el libro se destaca igualmente un grupo importante de haciendas que aparecieron como tales ya en el siglo XIX y algunas en pleno porfiriato, lo que da

testimonio de la vitalidad que esta forma de propiedad territorial conservó durante ese largo periodo.

Este libro puede verse también, en suma, como una suerte de catálogo de elementos de un paisaje rural norteño que se creó durante el periodo colonial y sobrevivió en un convulsionado siglo XIX. En efecto, a pesar del letargo económico que vivió la región durante los dos primeros tercios de ese siglo, la hacienda no sólo no perdió su importancia sino que en muchos casos la incrementó. No es de extrañar, así, que durante el porfiriato la hacienda, que era una de las bases de la economía norteña, se renueve al influjo de las actividades económicas que se introdujeron durante ese periodo: en este libro vemos cómo, lejos de desaparecer, esta última modernización permitió un renacimiento de la arquitectura de la hacienda que seguía siendo un elemento esencial del paisaje rural norteño.

El análisis de la vida de estas haciendas es, dentro de los límites de espacio asignado al autor, lo más exhaustivo posible. Para cada una de las haciendas contempladas en su estudio, Vallebuena señala el primer dueño, la fecha de fundación y, en la medida de lo posible, los cambios de propietario. Cita a los viajeros y visitantes que hacen mención de ella y termina con la descripción de la arquitectura de los edificios y de la riqueza artística de los bienes que aún se conservan. Las descripciones vienen a menudo a sustituir las fotos de detalles arquitectónicos que, desgraciadamente, ya no pudieron incluirse en la publicación. El libro comprende también fotografías antiguas e interesantes mapas coloniales inéditos de la época colonial y del siglo XIX. Las referencias de datos de carácter social o económico son más esporádicas pero no por ello menos

interesantes. Nos hubiera gustado también encontrar cuando menos algún estudio de inventarios de bienes de esos potentes hacendados. La sencillez arquitectónica de esas haciendas, a menudo calificada incluso de austera, no correspondía forzosamente con los bienes muebles que poseían los dueños de esos latifundios norteños, cuyo gusto por la ostentación ha dado pie a centenares de consejos en aquellas regiones (en el norte sólo contamos para este tema con el trabajo de Gustavo Curiel, *Los bienes del mayorazgo de los Cortés del Rey en 1729. La casa de San José del Parral y las haciendas del río Conchos, Chih.*, México, Universidad Nacional Autónoma de México [Instituto de Investigaciones Estéticas], 1993, referente a la hacienda de los Cortés del Rey, de principios del siglo XVIII, situada en el actual territorio de Chihuahua). No puede descartarse, por ejemplo, que el magnífico adorno que encontramos descrito para muchas de las capillas de haciendas tuviera su contraparte en el decorado interior de las viviendas principales. Sin embargo, restan muy pocos ejemplos de los objetos que se encontraban en el interior de estas casas. Como bienes valiosos que eran, en innumerables ocasiones muebles y obras de arte sirvieron para ayudar a subsanar deudas e hipotecas de hacendados en épocas malas, de manera que es sólo recurriendo a los inventarios como sería posible reconstruir este jirón de la vida cotidiana de entonces. La reforma agraria y el consecuente desmantelamiento de las haciendas hizo también que los propietarios removieran su ajeo y valioso mobiliario, por lo que gran parte de lo poco que queda se encuentra hoy, a veces, en anónimas viviendas ciudadinas.

Vallebuena distingue tres etapas constructivas para las haciendas: el fin del periodo

colonial, la mitad del siglo XIX y el porfiriato. Podemos relacionar esos tres momentos con periodos de expansión territorial de las haciendas: las composiciones de tierras del siglo XVIII permitieron a los hacendados adquirir derechos legales sobre tierras que no habían ocupado aún; hacia la mitad del siglo XIX se consolidaron las oligarquías y cacicazgos que salieron triunfantes después de los largos disturbios característicos de las primeras décadas del México independiente, y durante el porfiriato florecieron las grandes propiedades territoriales con el decidido apoyo del poder central. Vallebuena realiza una prosopografía de los hacendados duranguenses más prominentes y encuentra una coincidencia entre etapas constructivas y renovación de las oligarquías locales.

La etapa constructiva de las haciendas del siglo XVIII se inserta en la última fase del barroco, como lo demuestra el autor al describir las casas de la hacienda de La Punta y la del Mortero, que tienen un claro parecido con la casa Zambrano de la capital duranguense, la cual fue edificada también en esa época. En 1808, el neoclásico fue introducido en el estado de Durango por la prominente familia de hacendados Yandiola-del Campo y floreció a mediados del siglo cuando se verificó el auge algodonero en la región. No fue sino hasta la segunda mitad del siglo XIX, señala Vallebuena, cuando los dueños de las haciendas sustituyeron los viejos altares de las capillas por altares de canteira. Aparecieron también los típicos torreones que, se supone, tuvieron su origen en las guerras sostenidas en aquella época contra los apaches, pero cuyo papel como elemento decorativo —nos parece— debe todavía estudiarse. A finales de la centuria se construyeron las primeras capillas neogóticas

(haciendas de El Saucillo y Las Lajas) y se introdujo en Durango la moda de los *chalets* de tipo europeo que vinieron a dar muerte al típico patio de origen colonial que había perdurado hasta entonces. Por otra parte —como lo han analizado el propio Vallebuena y Fernando Berrojalviz, en un interesante artículo publicado en el número 17 de la revista *Transición*, de la Universidad de Durango), a partir de finales del siglo XVIII los vascos llegaron a dominar la oligarquía local. Esta presencia masiva de vascos en la élite regional se reflejó en la arquitectura de las haciendas con la aparición del juego del rebote, que llegó a conformar una parte tradicional de las haciendas norteñas durante todo el siglo XIX.

A todo lo largo del texto, Vallebuena se empeña en fechar las construcciones, nombrar a los arquitectos y encontrar especificidades locales en el desarrollo de los estilos, por lo que este libro pionero servirá de referencia y consulta para todos los historiadores del arte interesados en el tema. Si bien los editores hicieron una lista cuidadosa de las haciendas estudiadas en cada municipio, por desgracia el libro no cuenta con índice onomástico. Carece también de una bibliografía general. Vallebuena emprendió una tarea tan necesaria como gigantesca y ciertamente logró establecer premisas generales, lo cual constituye un enorme avance. Él abre el camino para los futuros estudios al localizar las haciendas, registrarlas y reunir sobre el tema una gran cantidad de documentos. Además, gracias a su paciente trabajo de catalogación, las autoridades gubernamentales poseen ya un invaluable instrumento de trabajo para tratar de salvaguardar una importante parte del patrimonio histórico regional.

Concluye el libro con un breve epílogo, el índice de las haciendas y un utilísimo

mapa de ubicación de las haciendas consideradas, donde aparece la actual red de caminos. Esto permitirá a los curiosos ir a los lugares para reconocer las ruinas y edificios fotografiados en el libro; constatamos en efecto que, salvo excepciones, todas están situadas en zonas accesibles por carretera.

Sólo lamentamos, para terminar, que el nombre del autor no aparezca en la portada exterior ni interior. En cambio, todos los honores son dados al gobernador de Durango, Maximiliano Silerio Esparza, quien —en su brevísima presentación— se contenta con agradecer a la Secretaría de Turismo la publicación de esta obra (esta presentación se acompaña, por cierto, con una foto a todo color del gobernante). El nombre del autor tuvimos que buscarlo entre los de las numerosas personas merecedoras de algún crédito por haber “contribuido” a la publicación del libro. Curiosamente, Vallebuena aparece allí mencionado por partida doble: se le da crédito por haber realizado la “investigación y textos” y por haber tenido a su cargo el “cuidado de la edición”. Tal parece que estas personas ignoran la diferencia que existe entre un autor y un “colaborador” en una obra científica: semejante modo de hacer las cosas no hace sino desprestigiar a los políticos de la entidad, por el poco aprecio que le tienen a la labor académica.



México, ciudad de papel
de Gonzalo Celorio

México, Tusquets, 1997, 80 p.

por

PETER KRIEGER

Gonzalo Celorio define a la ciudad de México como “atroz y amada, fascinante y desoladora, inhabitable e inevitable.” Desde su casa en las montañas de San Nicolás Tototlapán, ve la inmensa mancha urbana y reflexiona sobre sus valores. Para Celorio, la historia de la formación urbana, desde México-Tenochtitlan hasta la megalópolis de hoy, es la historia de sus destrucciones permanentes. Cada época inventa su propia ciudad, sus propias arquitecturas, mismas que deberían expresar la voluntad del tiempo en el espacio. No sólo la modernización en el siglo xx dejó su sello en la textura de la ciudad, negando la herencia estructural del pasado: el autor realiza un breve recorrido para hablarnos de las sucesivas etapas que han revuelto el cuerpo de la ciudad: el cambio de la capital mexicana por la ciudad virreinal, la renovación de la urbe en el siglo xviii, la revolución urbana desde la independencia y, finalmente la “americanización” del México moderno. Dice Celorio: “Es una ciudad en la que no se pueden recargar los recuerdos.”

La memoria urbana sólo sobrevive en lo que Celorio llama la *ciudad de papel*, es decir en las descripciones, himnos y novelas que nos permiten revitalizar las ricas dimensiones históricas. En un panorama impre-